



Marina Perezagua
**El derecho
a quedarse quieto**



MARINA PEREZAGUA

El derecho a quedarse quieto

Galaxia Gutenberg



Un jurado compuesto por Ignacio Martínez de Pisón, como presidente, Lara Moreno, Juan Manuel de Prada, Inés Plana, Carlos Zanón, Elvira Navarro, Manuel Vilas y Joan Tarrida concedió a esta obra el 15 de mayo de 2026 el LVII Premio Internacional de Novela «Ciudad de Barbastro», que convoca el Ayuntamiento de Barbastro

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2026

© Marina Perezagua
Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 14719-2026
ISBN: 979-13-88236-12-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

CAPÍTULO I

Milk

Mi hijo busca el pezón que desde hace días no lo alimenta. No saca más que pequeños ruiditos de frustración. Es apenas un bebé y ya está aprendiendo lo que es la carencia, la sequedad. No retiro el pecho enseguida. Espero unos segundos más, midiendo el peso de ese gesto inútil. No es lo único inútil que he hecho en la vida. El edificio ha dejado de tener paredes completas; el aire entra a ráfagas y trae un polvo fino que se deposita en todo, también en la piel. Ya no lo limpio. No tiene sentido. Es como si las dunas asentadas tras el paso de la guerra se empeñaran en habitar estas ruinas. Es la arena terrosa que a veces hace que me pregunte dónde termina el polvo y dónde empieza mi hijo.

El cuerpo no me responde. No duele, al menos eso. Sólo está yermo. Me inclino un poco hacia delante para facilitarle el acceso a la boca, lo sostengo con una mano bajo la nuca suave. Mi hijo insiste, parece que ha nacido con esa obstinación ciega de los cuerpos pequeños, todavía ajeno a las rotundas negativas del mundo. Siento el tirón leve, mis pezones están agrietados, son marrones tirando a rojizos, como los tonos de esta tierra sedienta. Detrás de nosotros, el desierto. Nada más que vacío.

No miro alrededor, para qué. Lo único que importa lo tengo aquí, entre mis brazos, caliente, vivo, esperando

algo que no me brota. Pienso en los pájaros. Recuerdo un día de cuando tenía unos diez años. Machacaba con un mortero saltamontes y hormigas para darle la papilla a un polluelo caído de un nido. No quería abrir el pico, y yo le metí el puré por un lateral que parecía una sonrisa amarilla y blanda. La cría murió a la mañana siguiente, porque a los insectos machacados les faltaba otra cosa, algo de la madre pájaro, los jugos gástricos, quizá.

Miro las latas, el pan duro, el trozo de pescado seco y, aunque se me pasa por la cabeza machacarlo todo para dárselo a mi hijo, sé que no merece la pena intentarlo. Ya he tratado de darle pan disuelto en agua y lo ha vomitado. Aguardo todavía con esperanza a que mis pechos vuelvan a tensarse. Pero si no lo hacen pronto, ambos estaremos perdidos. Polvo sobre polvo.

Me llevo un trozo de pan a la boca. Apenas tengo saliva. Lo dejo reblandecerse unos segundos entre la lengua y el paladar antes de mastcarlo. Muevo la mandíbula despacio, por articular en ese movimiento mecánico la desesperante quietud de los minutos. El pan sabe a yeso. Trago con dificultad. Arranco otro pedazo. Tal vez si consigo humedecerlo un poco más... No. El niño es demasiado pequeño. Necesita leche. Y esta no brota.

El suelo cruje cuando cambio de postura. Hay una placa metálica apoyada contra la pared que también emite un sonido, vibra. Desde fuera me llega un ruido distante, sin una procedencia clara. Maldito. Mi hijo suelta el pezón. Abre la boca, cierra los ojos y se queda quieto sobre mí. Ese abandono me resulta más difícil de soportar que el llanto. Apoyo la frente sobre su escaso cabello, pelusita de bebé, y permanezco así unos segundos. Me duele la espalda. Todo este drama parece reposar sobre la curvatura de mi columna vertebral. Tengo un recién naci-

do en brazos pero mi cuerpo se siente anciano, rígido. ¿Tanto habré envejecido en tan pocos días?

No pienso en nadie. No pienso en antes. El tiempo ha perdido su rumbo, ya no sigue una secuencia. Existe sólo en intervalos cortos: respiración, movimiento, quietud. Intento recordar cuándo fue la última vez que sentí el pecho lleno. No encuentro la hora aproximada del día exacto. Me palpo con la yema de los dedos. La piel está fría. No hay tensión. No hay promesa ni embalse.

El niño despierta y vuelve a buscar. Me lo acerco de nuevo. Espero.

Nada.

Me levanto. Respiro hondo. El aire entra con dificultad, cargado de polvo y de algo metálico que se me pega a la mucosa de la garganta. Vuelvo a sentarme. Me inclino hacia atrás para descansar la espalda contra una pared distinta. Un trozo de pintura cae al suelo y suena como un pájaro que bate sus alas antes de levantar el vuelo.

Durante unos segundos, cierro los ojos. No para dormir. Para quedarme quieta sin tener que decidir nada. Mi niño termina por quedarse dormido, agotado, con la boca apenas abierta. No lo muevo. El peso ligero sobre mi pecho es lo único que me mantiene erguida. Sin él, me doblaría hacia delante como uno de esos pinos abatidos por el viento. Afuera, la luz se va desplazando. La mañana pasa, la tarde pasa, la noche, el alba. El edificio retiene el frío de la noche y el calor del día con la misma indiferencia.

Pienso en beber agua, pero no me levanto. Temo alterar el equilibrio del pequeño cuerpo dormido. Permanezco inmóvil, escuchando cómo el tiempo se organiza en escenas o sonidos mínimos: el leve ondular de una tela, partículas que descienden lentamente, en líneas de una

verticalidad casi perfecta. Mi niño hace un gesto breve, una especie de sobresalto. Le acaricio la espalda con la palma abierta, siguiendo el ritmo lento de su respiración, hasta que vuelve a quedarse quieto. Me inclino hacia delante para observarle la cara. Los labios están secos. Paso el dedo por la comisura y siento la piel tibia, viva. Eso basta. El eje de los dos hemisferios, entre lo suficiente y lo insuficiente, se ha desplazado.

Apoyo la barbilla sobre la frente del niño. Espero. No un milagro. No un alivio. Espero únicamente que el cuerpo responda pronto, es lo que suelen hacer los pechos maternos. Mi leche se ha cortado, pero tendrá que volver, antes o después.

Vacío. Siento que me voy quedando dormida con mi hijo, sosteniéndolo, esperando sin esperar. Su pecho, una caja torácica del tamaño de un pequeño joyero, palpita bajo mi mano derecha. El polvo continúa cayendo enmudecido sobre nuestros dos cuerpos livianos pero llenos de hambre.

Índice

Capítulo I. <i>Milk</i>	7
Capítulo II. El hombre que no se fue	13
Capítulo III. El edificio vecino	49
Capítulo IV. Contaminación	55
Capítulo V. Como una llama sostenida en las brasas.	79
Capítulo VI. Señal débil	93
Capítulo VII. El derecho a quedarse quieto	99
Capítulo VIII. Desplazamiento	123
Capítulo IX. Zonas horarias	129
Capítulo X. Sed.	139
Capítulo XI. La retirada	147
Capítulo XII. La temperatura del mundo	151
Capítulo XIII. Reflejo	157